

UN MOMENTO FAVORABLE

GRANTRAVESÍA

Madeleine L'Engle



UN MOMENTO FAVORABLE

Traducción y notas de José Manuel Moreno Cidoncha

Última parte de El "Quinteto del Tiempo"

GRANTRAVESÍA

Un momento favorable

Título original: An Acceptable Time

© 1989, Crosswicks, Ltd.

Publicado según acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency, S.L.

Traducción: José Manuel Moreno Cidoncha

Diseño de portada: Jazbeck Gámez

D.R. © 2021, Editorial Océano, S.L. Milanesat 21-23, Edificio Océano 08017 Barcelona, España www.oceano.com www.grantravesia.es

D.R. © 2019, Editorial Océano de México, S.A. de C.V. Homero 1500 - 402, Col. Polanco Miguel Hidalgo, 11560, Ciudad de México www.oceano.mx www.grantravesia.com

Primera edición: 2021

ISBN: 978-84-122940-0-2 Depósito legal: B 3139-2021

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

IMPRESO EN ESPAÑA / PRINTED IN SPAIN 9005352010221

Para Dana, Bér y Eddie Ron, Annie y Jake

«Pero yo dirijo a Ti mi oración, Señor, en un momento favorable.»

Salmo 69:13



Atravesó un huerto con manzanas caídas, rojas y maduras, cruzó un muro de piedra y se dirigió hacia un pequeño bosque. El camino estaba alfombrado con hojas rojas, anaranjadas y doradas que emanaban un rico olor terroso. Polly siguió avanzando, empujando los dedos hacia las puntas de sus zapatos para correr a través de ese magnífico esplendor. Era su primer otoño en Nueva Inglaterra y se sentía eufórica ante las tonalidades que se desprendían de los árboles y salpicaban su cabello con reflejos de color ámbar y atezado. El sol brillaba con una bruma dorada a través de un cielo azul tenue. Las hojas caían al suelo como un susurro. El aire era fresco, pero no frío. Ella tarareaba con alegría.

Los árboles eran jóvenes, la mayoría no tenía más de medio siglo, con los troncos aún delgados, completamente diferentes al musgo español colgante y a los robles de Virginia que había dejado atrás menos de una semana antes. Los frutos de un manzano habían caído en el camino. Levantó uno rojizo y un poco deforme, pero la manzana estaba crujiente y jugosa, y ella siguió paseando, comiendo y escupiendo las semillas.

Ahora el camino la conducía hacia un bosque de árboles mucho más viejos: arces imponentes, abetos y pinos. Sobre

todos ellos se alzaba un roble antiguo, con grandes hojas dentadas de un profundo color broncíneo, muchas todavía aferradas con firmeza a sus ramas. Era muy diferente a los robles del sur a los que estaba acostumbrada, y ella no lo había reconocido como tal hasta que supo que su madre y sus tíos siempre lo habían llamado "Abuelo Roble".

"Cuando nos mudamos aquí", le había explicado su abuela, "la mayoría de los robles habían desaparecido, muertos por alguna enfermedad. Pero éste sobrevivió, y ahora nuestra tierra está llena de robles jóvenes, todos evidentemente resistentes a las enfermedades, gracias al Abuelo Roble".

En ese momento, miró el roble y se sorprendió al encontrar a un joven de pie entre sus sombras. La observaba con sus cristalinos ojos azules que parecían contener la luz del día. Vestía algún tipo de prenda blanca y tenía una mano posada sobre la cabeza de un perro color canela de orejas grandes y puntiagudas, delineadas en negro. El joven levantó la mano para saludar, luego se volvió y caminó rápidamente hacia el bosque. Cuando ella llegó al gran árbol, él ya había desaparecido de su vista. Ella había pensado que él podría haberle hablado, y sintió curiosidad.

El viento había aumentado y se colaba a través de los pinos; su sonido era casi como el batir de las olas en la isla de Benne Seed, frente a la costa de Carolina del Sur, donde todavía se encontraban sus padres y de donde ella había venido hacía muy poco tiempo. Levantó el cuello de su anorak rojo que había tomado prestado de la generosa provisión que colgaba del perchero de la puerta en la cocina de sus abuelos. Era su favorito porque le quedaba bien y era abrigado y cómodo, y le gustaba también porque tenía los bolsillos llenos de todo tipo de cosas: una linterna pequeña pero muy bri-

llante, unas tijeras, un bloc de notas en una carpeta de cuero con un rotulador púrpura, un surtido de clips, alfileres y gomas elásticas, un par de gafas oscuras, una galleta para perros (¿para qué perro?).

Se sentó en una gran roca glaciar plana, conocida como la roca-mirador de las estrellas, y contempló las nubes blancas que cruzaban el cielo. Se enderezó cuando escuchó música, una melodía popular en una versión aguda y estridente. ¿Qué era? ¿Quién estaba tocando música allí, en medio de la nada? Se levantó y caminó, siguiendo el sonido, más allá del Abuelo Roble, en la misma dirección en la que se había marchado el joven con el perro.

Continuó más allá del roble y ahí, sentado sobre un muro de piedra, vio a otro joven; éste tenía un brillante cabello negro y la piel excesivamente pálida, y soplaba una flauta irlandesa.

—¡Zachary! —ella estaba totalmente sorprendida—. ¡Zachary Gray! ¿Qué estás haciendo aquí?

Él apartó la flauta de su boca y la guardó en el bolsillo de su chaqueta de cuero. Se levantó del muro y se acercó a ella con los brazos extendidos.

—Bien recibida por la luz del sol, señorita Polly O'Keefe. Zachary Gray a su servicio.

Ella se apartó de su abrazo.

- —¡Pero pensé que estabas en UCLA!
- —¡Eh! —él puso su brazo alrededor de su cintura y la abrazó—. ¿No te alegras de verme?
- —Por supuesto que me alegro de verte. ¿Pero cómo has llegado hasta aquí? No sólo a Nueva Inglaterra, sino aquí, a casa de mis abuelos...

Él la llevó de vuelta al muro. Las piedras aún conservaban el calor del sol otoñal.

- —Llamé a tus padres, a Carolina del Sur, y me informaron de que te ibas a quedar con tus abuelos, así que vine conduciendo para saludarte y ellos, tus abuelos, me dijeron que habías salido a dar un paseo, pero que si venía aquí, tal vez te encontraría —su voz era relajada, parecía perfectamente cómodo.
 - —¿Has venido conduciendo hasta aquí desde UCLA? Él rio.
- —Estoy realizando un semestre de pasantías en una firma de abogados en Hartford que se especializa en reclamos de seguros —apretó su brazo alrededor de su cintura. Se inclinó y llevó sus labios hasta los de ella.

Ella se alejó.

- —Zach. No.
- -Pensé que éramos amigos.
- —Lo somos. Amigos.
- —Pensé que me encontrabas atractivo.
- —Y así es. Pero... todavía no. Ahora no. Tú lo sabes.
- —Está bien, Pol. Pero no puedo permitirme esperar demasiado —de pronto, sus ojos se tornaron sombríos y sus labios se tensaron. Luego, deliberadamente le dirigió una de sus sonrisas más encantadoras—. Al menos te alegras de verme.
- —Me alegro mucho —sí. De hecho, estaba encantada, pero totalmente sorprendida. Se sentía halagada de que él se hubiera tomado la molestia de venir hasta allí. Lo había conocido en Atenas el verano anterior, donde había pasado unos días antes de ir a Chipre para asistir a una conferencia sobre literatura y alfabetización. Había sido una experiencia increíblemente rica, llena de alegría y dolor, y en Atenas, Zachary había sido encantador con ella, le había mostrado una ciudad

que él ya conocía bien y la había llevado en coche por los alrededores. Pero cuando se despidieron en el aeropuerto, después de que terminara la conferencia, nunca esperó volver a saber de él.

- —¡No puedo creerlo! —ella le sonrió.
- —¿Qué es lo que no puedes creer, pelirroja?
- —No me llames pelirroja —respondió ella automáticamente—. Que estés aquí.
- —Mírame. Tócame. Soy yo, Zach. ¿Pero qué estás haciendo *tú* aquí?
 - —Dando un paseo.
 - —Me refiero a aquí, con tus abuelos.
- —Estoy estudiando con ellos. Durante unos meses, en todo caso. Son increíbles.
 - —Supongo que son unos científicos famosos o algo así.
- —Bueno, Abu ganó el premio Nobel. Ella se dedica a investigar cosas pequeñas: partículas sub-subatómicas. Y el abuelo es astrofísico y sabe más sobre el espacio-tiempo continuo que nadie, excepto quizá que Einstein o Hawking.
- —Siempre fuiste un cerebrito —dijo él—. ¿Entiendes todas esas cosas?

Ella rio.

- —Sólo un poco —estaba absurdamente contenta de verlo. Sus abuelos eran, como ella había dicho, increíbles, pero no había visto a nadie de su edad y no había esperado hacerlo.
- —Entonces, ¿por qué haces esto en lugar de ir a la escuela, allá donde vives? —preguntó él.
- —Necesito aprender mucho más de ciencia de lo que podría hacerlo en el Instituto Cowpertown, y llegar a tierra firme desde Benne Seed fue un verdadero reto.
 - —Ésa no es la única razón.



—¿No te parece suficiente? —tendría que serlo, al menos por ahora. Ella apartó la vista de él, a través de la rocamirador de las estrellas, y la dirigió a un cielo otoñal que iba impregnándose de los tonos del atardecer. Los largos rayos del sol tocaban las nubes con sus matices rosas y dorados, y los colores vívidos de las hojas se habían intensificado. Una oscura sombra púrpura caía a través de las colinas bajas.

Zachary siguió su mirada.

—Me encantan estas montañas, tan diferentes de las de California.

Polly asintió.

- —Estas montañas son antiguas, vetustas, desgastadas por la lluvia y el viento, por el tiempo. Dan una perspectiva enorme.
 - —¿Necesitas perspectiva?
- —¿No la necesitamos todos? —una hoja cayó y se posó sobre el cabello de Polly.

Zachary extendió sus largos dedos pálidos y la retiró.

—Es del mismo color que tu cabello. Es hermosa.

Polly suspiró.

- —Estoy empezando a reconciliarme con mi cabello. Si me hubieran dado la opción, no habría elegido el naranja.
- —No es naranja —Zachary dejó caer la hoja al suelo—. Es del color del otoño.

Encantador, pensó ella. ¿Cuán encantador puede llegar a ser?

- —Es la primera vez que veo el follaje otoñal. Siempre he vivido en climas cálidos. Esto es... no tengo palabras. Pensé que nada podría vencer al océano, y así es, pero esto...
- —Tiene su propia magnificencia —dijo Zachary—. Ahora mi padre vive en Sausalito, y la vista desde su casa puede resultar abrumadora: toda la increíble extensión del Pacífico. Pero esto, como tú dices, da perspectiva y paz.

"Tus abuelos —continuó— me ofrecieron té y torrijas si lograba encontrarte y traerte de vuelta.

—Por supuesto —ella saltó del muro. Cuando pasaron junto al Abuelo Roble, preguntó—: eh, ¿quién era ese chico de ojos azules que estaba aquí hace unos minutos?

Zach la miró.

—Pensé que se trataba de alguien que trabajaba para tus abuelos, un cuidador o un jardinero, algo así.

Ella sacudió su cabeza.

- —¿Quieres decir que ellos se ocupan de todo este lugar solos?
- —Sí. Bueno, un granjero vecino corta la hierba, pero él es mayor, y este hombre era joven, y no me pareció un granjero. Zachary rio.
- —¿Cuál crees que es la apariencia de un granjero? Aunque debo admitir que este chico desprendía una especie de nobleza.
 - —¿Hablaste con él?
- —No, y si pienso en ello, me parece un poco raro. Me miró y lo miré, e iba a decirle algo, pero me lanzó un vistazo como si estuviera totalmente sorprendido de verme, quiero decir, totalmente, entonces se dio media vuelta y caminó hacia el bosque. Llevaba consigo un perro de orejas enormes, y ambos se fueron sin más. Sin correr. Pero cuando busqué, ya no los vi —se encogió de hombros—. Como te he dicho, pensé que debía tratarse de un cuidador o algo por el estilo, y muchos de esos tipos son un poco hoscos. ¿Crees que podría haberse tratado de un cazador furtivo? ¿Aquí hay faisanes o codornices?
- —Ambos. Y nuestra tierra está visiblemente delimitada. No es tan grande para ser considerada un coto de caza, la mayoría de las granjas antiguas de por aquí tenían cien acres

o menos, pero a mis abuelos les gusta mantenerla sin acceso para proteger la vida silvestre.

- —Olvídalo —dijo Zachary—. Vine aquí buscándote y te he encontrado.
- —Me alegra. Me alegra mucho —ella le dedicó su sonrisa más radiante—. ¿Vamos?
 - —Claro. Creo que tus abuelos nos están esperando.
- —Bueno. Regresaremos por la roca-mirador de las estrellas.
 - —¿La roca-mirador de las estrellas?

Ella pisó la gran roca glaciar plana. En sus grietas crecía el musgo y la mica brillaba con los largos rayos del sol poniente.

—Siempre se ha llamado así. Es un lugar maravilloso para recostarse y mirar las estrellas. Es la roca favorita de mi madre, de cuando era niña.

Cruzaron la roca y caminaron por el sendero que llevaba a la casa. Ella se dio cuenta de que Zachary caminaba despacio y respiraba casi como si estuviera corriendo, así que aminoró el ritmo para igualarlo al de él. El suelo bajo uno de los manzanos que había esparcidos por el campo estaba resbaladizo por las manzanas que ya se estaban echando a perder, y había un olor penetrante a sidra. Sin darse cuenta, se adelantó a Zachary y llegó hasta un muro bajo de piedra que marcaba el límite del gran terreno que había al norte de la casa. En el muro, una gran serpiente negra estaba acurrucada aprovechando la última luz del sol.

- —¡Eh! —Polly rio de placer—. ¡Es Louise la Más Grande! Zachary se detuvo en seco.
- —¿De qué estás hablando? ¡Es una serpiente! ¡Aléjate!
- —Oh, no nos hará daño. Se trata de Louise, es sólo una serpiente negra inofensiva —le aseguró Polly a Zachary—.

Cuando mis tíos, Sandy y Dennys, eran niños... tú conociste a Sandy en Atenas...

- —No le caí bien —Zachary se apartó del muro y de la serpiente.
- —No fuiste $t\acute{u}$ —dijo Polly—. Fueron las empresas de tu padre. En cualquier caso, había una serpiente que vivía en este muro, y mis tíos la llamaron Louise la Más Grande.
- —No sé mucho acerca de serpientes —Zachary retrocedió un paso más—, me aterran. Pero entonces, esta serpiente es increíblemente vieja.
- —Oh, tal vez no sea la misma. Abu y yo la vimos tomando el sol el otro día, y es justo como la vieja Louise la Más Grande. Abu me dijo que no había habido una serpiente negra como Louise la Más Grande desde que mis tíos se fueron de casa.
- —Es un nombre extravagante —Zachary aún no era capaz de acercarse y permanecía apoyado contra un roble joven al lado del camino, como si estuviera recobrando el aliento.

Es una broma familiar, pensó Polly. Zachary no sabía nada sobre su familia, excepto que era numerosa, y ella tampoco sabía nada de él, excepto que su madre había fallecido y que su padre era rico más allá de su comprensión. Dejaría el tema de Louise para después.

- —¿Listo?
- —No pasaré al lado de esa serpiente —respondió él con voz inestable.
- —No te hará daño —lo intentó convencer Polly—. En serio, es completamente inofensiva. Y mi abuela me dijo que estaba encantada de verla.
 - —No me moveré —había un temblor en la voz de Zachary.
- —No pasa nada —dijo Polly—. Y donde hay serpientes, no hay ratas, y las ratas transmiten la peste bubónica, y...

—se detuvo mientras la serpiente se desenroscaba, lenta y complacientemente, y se deslizaba hacia abajo por el muro de piedra. Zachary la observó, con las manos bien hundidas en los bolsillos de su chaqueta de cuero, hasta que el último centímetro de su cola desapareció.

- —Ya se ha ido —urgió Polly—, vamos.
- —¿No saldrá de nuevo?
- —Por la noche se va a descansar —la voz de Polly sonó convencida, aunque poco sabía de los hábitos de las serpientes negras. Las serpientes más tropicales en la isla de Benne Seed eran venenosas en su mayoría y debían evitarse. Confiaba en la seguridad que su abuela le había transmitido acerca de que Louise era inofensiva, así que cruzó el muro y le tendió la mano a Zachary, quien la tomó y la siguió vacilante.
 - —Está bien —Polly tiró de su mano—. Vámonos.

Comenzaron a cruzar el campo hacia lo que Polly ya consideraba su hogar, la casa de sus abuelos. Era una antigua granja blanca que se extendía agradablemente por las diversas secciones que se habían añadido a lo largo de los siglos. Como la mayoría de las casas construidas hacía más de doscientos años en esa parte ventosa del mundo, donde los inviernos eran crudos y largos, miraba hacia el sur, donde había protección contra los predominantes vientos del noroeste. Fuera de la despensa, que conducía de la cocina al garaje, había una sección que albergaba el laboratorio de la abuela de Polly. Originalmente, cuando la casa había sido parte de una granja lechera, se había utilizado como una despensa donde se batía la mantequilla y se examinaba la frescura de los huevos.

Hacia el este se encontraba la nueva sección, construida después de que la madre y los tíos de Polly se hubieron ido de casa. Contenía una piscina cubierta, no muy grande, pero lo suficiente para nadar, lo cual había sido recomendado fuertemente para la artritis de su abuelo. Polly, como la mayoría de los chicos criados en islas, era nadadora y, en sólo unos días, había establecido su propia disciplina de nadar por las tardes antes de cenar, ya que sentía que a sus abuelos les gustaba estar solos temprano por las mañanas para tomar su baño antes del desayuno. En cualquier caso, la piscina era lo suficientemente amplia para que dos personas nadaran cómodamente, pero no tres.

Las habitaciones del piso de abajo de la antigua casa se habían abierto, de modo que había quedado una cómoda sala de estar en forma de ele y una zona de gran tamaño que hacía las veces de cocina, sala familiar y comedor. Polly y Zachary se acercaron a la casa desde el norte y subieron por la terraza escalonada, que aún conservaba los muebles de verano.

—Tengo que ayudar al abuelo a meter eso en el sótano para el invierno —dijo ella—. Ya hace demasiado frío para sentarse a comer al aire libre.

Ella condujo a Zachary hacia la cocina y los agradables aromas de la merienda y del fuego de leña. Cuatro personas estaban sentadas ante la mesa ovalada, abarrotada con tazas de té y un plato de torrijas. Su abuela los vio y se puso en pie.

—Oh, qué alegría que os hayáis encontrado. Venid, el té está listo. Zachary, quiero que conozcas a mi vieja amiga, la doctora Louise Colubra, y a su hermano, el obispo Nason Colubra.

El obispo se levantó para estrechar la mano de Zachary. Llevaba pantalones estrechos y una camisa de rayas gruesas, y su delgadez lo hacía parecer incluso más alto de lo que era. A Polly le recordaba a una garza. Tenía manos fuertes y largas, y en su mano llevaba su más preciada posesión, un gran anillo de oro con un hermoso topacio, en elegante contraste con su ropa informal.

—Retirado —repuso él—, y he venido a vivir con mi hermana pequeña.

Efectivamente pequeña, en contraste con su hermano. La doctora Louise era una mujer de huesos pequeños, y si a Polly el obispo le hacía pensar en una garza, la doctora Louise era como un mirlo marrón con su falda de lana y su suéter. Ella también estrechó la mano de Zachary.

- —Cuando Kate Murry me llama su vieja amiga, me pregunto a qué se refiere con "vieja".
- —A nuestra amistad, por supuesto —dijo la abuela de Polly.
- —¡Doctora Louise! —Polly ocupó su lugar en la mesa, indicando a Zachary que se sentara a su lado—. ¡Acabamos de ver a tu tocaya!
- —No se trata de la primigenia Louise la Más Grande, ¿verdad? —la doctora tomó un plato de apetitosas torrijas y lo puso frente a Zachary.
- —Lo siento Zachary se quedó mirando a la doctora—. ¿Cuál es su nombre?
 - -Louise Colubra.
- —¡Ya entiendo! —Zachary sonaba triunfante—. ¡En latín Colubra es serpiente!
- —Así es —Polly lo miró con admiración. Zachary ya había demostrado poseer sorprendentes reservas de conocimiento. Ella recordó que le había dicho, por ejemplo, que la arquitectura griega era muy rígida porque los griegos no habían descubierto el arco. La chica fue al aparador de la cocina para traer tazas para ella y para Zachary—. Mis tíos pusieron aquel nombre a la serpiente por la doctora Louise.



—Pero ¿por qué Louise la Más Grande?

El obispo sonrió.

—Louise no es grande, y supongo que la otra Louise es, al menos, más grande para una serpiente negra que Louise para un ser humano.

Polly puso las tazas sobre la mesa.

—Es mucho más fácil explicar a Louise la Más Grande con la doctora Louise aquí, que en el muro de piedra.

Un cazo de agua hervía en la estufa de leña, y su tapa se levantaba y caía. El abuelo de Polly lo agarró con una manopla de cocina y vertió el agua en la tetera.

—Ahora el té está bastante fuerte. Será mejor que lo suavice —volvió a poner el cazo en la estufa, entonces sirvió té para Polly y Zachary.

El obispo se inclinó sobre la mesa y se sirvió torrijas.

- —La razón de nuestra inesperada visita —dijo, después de engullir un bocado— es que he hallado otra —señaló un objeto que estaba apoyado como una rebanada de pan junto a la taza del abuelo de Polly.
 - —Parece una piedra —dijo Polly.
- —Y así es —asintió el obispo—, parece una piedra cualquiera de un muro de piedra cualquiera, pero no lo es. Observa.

Polly creyó ver líneas en la piedra, pero tal vez se había rayado cuando los viejos muros fueron levantados, o con las heladas del invierno.

Pero Zachary palpó la piedra con sus delicados dedos.

—Eh, ¿esto es escritura ogámica?¹

La escritura ogámica fue un sistema alfabético utilizado para representar gráficamente los lenguajes irlandés y picto sobre monumentos de piedra, en su mayoría entre los años 400 y 600 a. C.



El obispo le sonrió encantado y sorprendido.

- —¡Lo es, joven, lo es! ¿Cómo lo sabes?
- —Uno de mis jefes en Hartford está interesado en estas piedras. Y me he estado volviendo tan loco en esa sofocante oficina que lo he dejado que me hable sin parar sobre el tema. Es más atractivo que las demandas por mala praxis médica —la doctora Louise se puso rígida— y es interesante pensar que quizás hubiera gente aquí proveniente de Bretaña, lo que ahora es Gran Bretaña, aquí en el continente norteamericano, hace tanto tiempo como... unos, tres mil años.
- —Habla quien suspendió en todas esas sofisticadas escuelas privadas —dijo Polly con asombro.

Él sonrió y bebió un sorbo de té.

—Cuando algo me interesa, lo retengo —le tendió la taza y Polly la volvió a llenar.

Ella bajó la tetera y tocó la piedra con vacilación.

—¿Es esto un petroglifo?

El obispo se sirvió más torrijas.

- —Hum...
- —Y eso es escritura og...
- -Escritura ogámica.
- —¿Qué dice?
- —Si lo estoy traduciendo correctamente, algo sobre Venus, cosechas pacíficas y gobierno moderado. ¿Qué piensas tú, joven?

Zachary negó con la cabeza.

—Ésta es la primera piedra ogámica que veo, en realidad. Mi jefe tiene algunas fotografías, pero él está más interesado en las teorías que aseguran que los celtas, y tal vez los druidas, vivieron realmente con los nativos americanos, y tal vez incluso tuvieron descendencia.

Polly miró más de cerca. Apenas podía distinguir un par de líneas horizontales, con marcas arriba y debajo de ellas.

—¿Algún granjero usó esto para su muro de piedra y ni siquiera se dio cuenta?

Su abuela puso otro plato de torrijas sobre la mesa y retiró el vacío. La fragancia se unió con la del fuego de leña que salía de la chimenea.

- —Hace doscientos años, los agricultores disponían de todo para sobrevivir. ¿Y cuántos agricultores hoy día tienen tiempo para examinar las piedras que emergen en primavera? —preguntó su abuelo.
- —Sin embargo, es nuestra mayor cosecha —intervino la doctora Louise.

El abuelo de Polly se llevó las gafas a la nariz en un típico gesto suyo.

—Y si vieron las marcas en las piedras y se dieron cuenta de que no eran aleatorias, no tuvieron idea de cómo interpretarlas.

Su esposa se echó a reír.

—¿Tú sí?

Él le respondió riendo también.

—*Touché*. Si no hubiera sido por Nase, habría continuado en mi ignorante felicidad.

La doctora Louise le sonrió.

- —Tu trabajo tiende a mantener tu cabeza en las estrellas.
- —En realidad, Louise, los astrofísicos tienen muy poco tiempo para observar las estrellas.
- —¿Dónde encontraste esta roca, Nase? —la abuela Murry se sentó a la mesa y se sirvió un poco de té.
- —En ese viejo muro de piedra que debe cruzarse para llegar a la roca-mirador de las estrellas.



- —¡El muro de Louise la Más Grande! —exclamó Polly, pensando que era natural que el obispo supiera sobre la rocamirador de las estrellas, dado que había sido un lugar especial para toda la familia Murry, no sólo para su madre.
- —Los primeros colonos estaban muy atareados limpiando sus campos, no es de extrañar que no notaran piedras con escritura ogámica —continuó el obispo.
- —Ogam es un alfabeto —le explicó Zachary a Polly—. Un alfabeto celta con quince consonantes y algunas vocales, y algunos otros signos para diptongos o letras dobles como ng.
- —Ogam, sin embargo —agregó el obispo—, era sobre todo un lenguaje oral, más que escrito. ¿A tu jefe le gustaría ver esta piedra?
- —Se le pondrían los ojos como platos —sonrió Zachary—. Pero no se lo voy a decir. Vendría y se la llevaría. De ninguna manera —miró su reloj y se levantó—. Disculpen, esto ha sido fantástico y ha sido un placer conocerlos a todos, pero no me había dado cuenta de la hora que es y tengo una cena en Hartford. Sin embargo, me gustaría regresar pronto, si es posible.
- —Por supuesto —la abuela Murry se levantó—, siempre que quieras. Las únicas personas que Polly ha visto desde que está aquí son estas cuatro antiguallas.
 - —No sois... —comenzó a protestar Polly.

Pero su abuela continuó:

- —No hay muchos jóvenes a nuestro alrededor, y eso nos preocupa.
- —Ven cualquier fin de semana —lo exhortó el abuelo Murry.
 - —Sí, hazlo —estuvo de acuerdo Polly.
- En realidad, no tengo que esperar al fin de semana
 dijo Zachary—. Tengo libres las tardes de los jueves —miró

a Polly y ella le sonrió—. ¿Está bien si vengo entonces? No tardo mucho más de una hora, así que podría estar aquí a eso de las dos de la tarde.

—Por supuesto. Te esperamos entonces.

Los abuelos Murry y Polly acompañaron a Zachary afuera de la cocina, más allá del laboratorio de la abuela Murry y el garaje. El pequeño deportivo rojo de Zachary estaba aparcado junto a una camioneta azul brillante.

El abuelo Murry señaló.

—El orgullo y la alegría de Nase. Conduce como un loco. Es muy agradable haberte conocido, Zachary, y esperamos verte el jueves.

Zachary estrechó la mano de los Murry y besó suavemente a Polly.

—Qué joven tan agradable —dijo la abuela Murry, mientras regresaban adentro.

Y en la cocina, el obispo hizo eco de su opinión:

- —Qué joven tan encantador.
- —Increíble —dijo el abuelo Murry— que supiera acerca de las piedras ogámicas.
- —Oh, han publicado un par de artículos sobre el tema en los periódicos de Hartford —dijo la doctora Louise—. Pero parece un joven encantador y brillante. Aunque muy pálido, como si pasara demasiado tiempo sin salir. ¿Cómo lo conociste, Polly?

Polly se acuclilló frente al fuego.

- —Lo conocí el verano pasado en Atenas, antes de ir a la conferencia en Chipre.
 - —¿Qué sabes de él?
- —Es de California y su padre está implicado en todo tipo de grandes negocios multinacionales. Cuando Zachary vaga

por Europa, no va de mochilero, duerme en los mejores hoteles. Pero creo que está un poco solo...

- —¿Se está tomando un tiempo fuera de la universidad?
- —Sí. Va un poco retrasado en el estudio. No es bueno en los estudios porque si no es de su interés, entonces no se aplica.

Un gatito medio crecido salió del sótano, cruzó la habitación y saltó al regazo de Polly, haciendo que ella se sentara sobre sus talones.

—¿Y tú de dónde sales, Hadrón? —Polly le rascó su cabeza a rayas.

La doctora Louise enarcó las cejas.

- —Un nombre natural para el gato de una física subatómica.
- —Pensé que era una variante de Adriano —dijo suavemente el obispo.
- —¿O que lo estábamos pronunciando mal? —sugirió la abuela Murry.

Él suspiró.

- —Supongo que se trata del nombre de una partícula subatómica o algo así, ¿verdad?²
- —Kate, ¿por qué Alex y tú no os hacéis con otro perro?—preguntó la doctora Louise.
- —Ananda vivió hasta los dieciséis años. No hemos estado tanto tiempo sin un perro.
 - —Esta casa no parece segura sin un perro.
- —Eso es lo que Sandy y Dennys nos siguen diciendo —el abuelo Murry se apartó de la estufa y comenzó a correr las

² En física de partículas, *hadrón* (del griego "denso", "fuerte") es el nombre que se da a una clase de partículas sujetas a la interacción fuerte, por ejemplo: quarks, fermiones, bosones o gluones, protones y neutrones.



cortinas a través de las amplias ventanas de la cocina—. Nunca hemos salido a buscar perros, ellos parecen presentarse periódicamente sin más.

Polly suspiró cómodamente y cambió de posición. Amaba a sus abuelos y a los Colubra porque ellos la apoyaban, la hacían creer en posibilidades infinitas. En casa, en la isla de Benne Seed, Polly era la mayor de una gran familia. Aquí ella era la única, con todos los privilegios de una hija única. Levantó la vista cuando su abuelo cogió la piedra Ogam y la dejó sobre la cómoda de la cocina.

- —Tres mil años —dijo él—. No es mucho tiempo en términos galácticos, pero bastante en términos humanos. El tiempo ha pasado, mientras nosotros, criaturas limitadas, lo observamos. Sin embargo, cuando uno se encuentra en un transbordador espacial, los conceptos ordinarios de tiempo y espacio se desvanecen. Todavía tenemos mucho que aprender acerca del tiempo. Nunca dejaremos el sistema solar mientras sigamos pensando en el tiempo como un río que fluye desde una dirección hacia el mar —dio unas palmaditas a la piedra.
- —¿Has encontrado otras piedras Ogam? —preguntó Polly.
- —No, pero Nase sí. Nase, Polly podría ayudarnos con las traducciones. Ella tiene un talento especial para los idiomas.

Polly se sonrojó.

- —Oh, abuelo, yo sólo...
- —Además del inglés hablas portugués, español, italiano y francés, ¿no es así?
 - —Bueno, sí, pero...
 - —¿Y no estudiaste algo de chino?

Ahora ella se echó a reír.



—Quizás algún día. Me encantan los idiomas. El verano pasado aprendí un poco de griego.

La abuela Murry encendió las dos lámparas de queroseno que flanqueaban la maceta de geranios que estaba sobre la mesa.

—Polly es modesta. Según quienes la conocen, sus padres, sus tíos, su habilidad con los idiomas es increíble —entonces, para alivio de Polly, cambió de tema—. Louise, Nase, os quedáis a cenar, ¿verdad?

La doctora negó con la cabeza.

- —Creo que será mejor que regresemos a casa. Nase conduce como un murciélago que lleva el diablo por la noche.
 - —Vamos, en serio, Louise...
- —Tengo un guiso enorme de pollo y verduras cocinándose a fuego lento sobre el mechero Bunsen del laboratorio —atajó la abuela Murry—, será lo único que comamos durante una semana si no nos ayudáis.
- —Parece una imposición... siempre nos estás alimentando...
- —Fregaremos los platos esta noche y les daremos unas vacaciones a Polly y Alex —ofreció el obispo.
 - —¡Trato hecho! —dijo el abuelo Murry.

La doctora Louise extendió las manos.

—Me rindo. Alex. Kate —señaló la piedra Ogam—. ¿Realmente os tomáis todo esto en serio?

El abuelo Murry respondió:

- —Por extraño que parezca, así es: los celtas, los druidas y todo lo demás. Kate sigue dudando, pero...
- —Pero nos hemos visto obligados a tomar en serio cosas aún más extrañas —la abuela Murry se dirigió a la puerta—. Me voy a buscar el guiso y lo terminaré en la cocina.



Polly se estremeció.

—En el laboratorio hace un frío que hiela. Abu me estaba enseñando a usar una cromatografía de gases esta mañana,³ pero los témpanos caían por la punta de mi nariz y ella me dijo que entrara en casa. El tío Sandy me llama flor de pantano.

La doctora Louise sonrió.

- —Los artefactos de tu abuela son sólo un espectáculo. El verdadero trabajo está en su cabeza.
- —No podría arreglármelas sin el mechero Bunsen. ¿Por qué no vas a nadar, Polly? Sabes que la piscina es el lugar más cálido de la casa.

Era la hora habitual de nadar de Polly, así que accedió de inmediato a la propuesta. A ella le encantaba nadar en la oscuridad, a la luz de las estrellas y de una luna joven. Tiempo de nadar, tiempo de pensar.

—Os veo después —quitó de su regazo a un reacio Hadrón y se puso en pie.

Subió las escaleras traseras. El primer día, cuando sus abuelos la habían llevado arriba, no estaba segura de qué dormitorio le iban a asignar. El lugar favorito de su madre era el ático, en el que había una gran cama de latón bajo los aleros, donde sus padres dormían en sus poco frecuentes visitas. En el segundo piso estaba la habitación de sus abuelos, con una gran cama con dosel. Al otro lado del pasillo se encontraba la de Sandy y Dennys, sus tíos, que aún conservaba sus viejas literas, por-

³ La cromatografía de gases es una técnica empleada para determinar la composición de una mezcla de productos químicos.

que en las raras ocasiones en las que la familia podía reunirse, todas las camas eran necesarias. Había una habitación que podría haber sido otro dormitorio, pero era el estudio de su abuelo, y en él había estantes y un escritorio con tapa, y un sofá cama en caso de necesidad. Luego estaba la habitación de su tío Charles Wallace, el hermano menor de su madre.

Polly había tenido la sensación de que no había ninguna habitación en la casa de sus abuelos que fuera de ella. A pesar de que tenía seis hermanos y hermanas, estaba acostumbrada a disponer de su propia habitación con sus propias cosas, como cada uno de los hijos de los O'Keefe. Aunque las habitaciones eran poco más grandes que un cubículo, sus padres creían que, especialmente en una familia numerosa, era esencial una cierta porción de espacio personal.

Mientras subían las escaleras, su abuela dijo:

—Hemos arreglado la habitación de Charles Wallace. No es grande, pero creo que podría gustarte.

La habitación de Charles Wallace había sido más que arreglada. A Polly le pareció que sus abuelos sabían que iba a venir, aunque la decisión se había tomado de manera abrupta tres días antes de que la embarcaran en el avión. Cuando era necesario pasar a la acción, sus padres no lo dilataban ni un segundo.

Pero en cuanto cruzó el umbral, la habitación pareció invitarla a entrar. Había una gran ventana que daba al huerto, luego le seguía un gran campo de hierba segada que llegaba hasta el bosque y, más al fondo, los lomos suavemente protuberantes de las montañas. Era una vista pacífica, no espectacular, pero agradable, y lo suficientemente amplia para brindarle perspectiva. La otra ventana miraba hacia el este, a la arboleda a través del manzanal. El tapiz era anticuado: azul suave

salpicado de margaritas a modo de estrellas con algunas mariposas brillantes, y las cortinas de las ventanas a juego, aunque tenían más mariposas que el papel.

Debajo de la ventana de la pared que daba al este había estantes llenos de libros y una mecedora. Los libros conformaban una colección ecléctica: varios volúmenes de mitos y cuentos de hadas, algo de historia griega y romana, un surtido de novelas que iba desde *Tom Jones*, de Henry Fielding, pasando por *El cuerno de la alegría*, de Matthew Maddox, hasta novelas contemporáneas. Polly sacó un libro sobre constelaciones con líneas dibujadas entre las estrellas para mostrar los signos del zodiaco. Se necesitaba tener una imaginación muy vívida, pensó, para ver una osa pequeña y una grande, o a Sagitario con su arco y su flecha. En cualquier caso, tendría mucho para leer, y se encontraba agradecida por ello.

El piso estaba hecho con tablones anchos de madera de cerezo, y había pequeñas alfombras enganchadas a ambos lados de la gran cama de pino blanco, que tenía una colcha a base de retazos de colores azul y amarillo. Lo que más le gustaba a Polly era que, aunque la habitación era bonita, no lo era en exceso. *A Charles*, pensó, *le habría gustado*.

Ella se había dirigido a su abuela:

- —¡Oh, es encantadora! ¿Cuándo habéis hecho todo esto?
- —El verano pasado.

El verano pasado sus abuelos no habían tenido ni idea de que Polly vendría a vivir con ellos y, sin embargo, ella sentía que la habitación era sólo suya.

—¡Me encanta! ¡Oh, Abu, me encanta!

* * *

Polly había llamado a sus padres y les había descrito la habitación. Sus abuelos la habían dejado para que hablara en privado.

—Adoro a Abu y al abuelo. Deberíais ver al abuelo en su tractor rojo, no es para nada intimidatorio.

Los padres rieron ante tal comentario:

- —¿Esperabas que lo fuera?
- —Bueno, quiero decir, él sabe tanto sobre astrofísica y viajes espaciales, y recibe consultas de los presidentes y otras personas importantes. Pero es fácil hablar con él... bueno, es mi abuelo y creo que es genial.
 - —Supongo que el sentimiento es mutuo.
 - —Y Abu tampoco intimida.

Sus padres —podía visualizarlos en este momento, su madre tumbada boca abajo en la cama, su padre sentado en un taburete en el laboratorio, rodeado de peceras llenas de estrellas de mar y pulpos— se echaron a reír.

Polly estaba ligeramente a la defensiva.

- —La llamamos Abu, y eso ya suena bastante imponente.4
- —Eso es sólo porque no eras capaz de decir la palabra abuela cuando empezaste a hablar.
 - —Bueno, y ella ganó el premio Nobel.
- —Tu abuela es bastante impresionante, Polly. Pero ella preferiría que la quisieras antes de que estuvieras impresionada por sus logros —dijo su padre, con sensatez.

Polly asintió al teléfono.

—La quiero mucho. Pero recordad que nunca había tenido la oportunidad de pasar tiempo con Abu y el abuelo.

⁴ Grand en el original, que además de ser la abreviatura de grandmother —abuela—, también significa "grande" o "imponente".

Vivimos tanto tiempo en Portugal, y la isla de Benne Seed podría haber estado igual de lejos. Unas pocas visitas de vez en cuando no han sido suficientes. Estoy asombrada con ellos.

—Son buenas personas —dijo su padre—. Talentosas, puede que incluso con un toque de genios, pero humanos. Fueron buenos conmigo, increíblemente buenos, cuando era joven.

—Es hora de que los conozcas —agregó su madre—. Sé feliz, Polly.

Lo era. Feliz como una niña pequeña. No es que quisiera retroceder en el tiempo, perder lo que había aprendido de la experiencia, pero con sus abuelos podía relajarse, sentirse completamente libre de ser ella misma.

Cogió su traje de baño y se dirigió a su habitación. Podía escucharlos deambular en el piso de abajo, entonces alguien puso música, el quinteto de Schubert conocido como "La trucha", y la encantadora melodía flotó hasta ella.

Dejó sus vaqueros y su sudadera en un pequeño montón en el suelo, se puso su bañador y un albornoz, bajó las escaleras y salió a la piscina. Colgó su albornoz en el árbol que hacía las veces de toallero, esperó a que sus ojos se ajustaran a la luz tenue, y entonces se deslizó en el agua y comenzó a nadar. Nadaba pulcramente, salpicando poca agua, yendo y viniendo, yendo y viniendo. Se puso de espaldas, mirando los tragaluces, y dio la bienvenida primero a una estrella, entonces a otra. Después se colocó de lado y continuó distraídamente. Un débil sonido la hizo disminuir de velocidad, un chirrido tenue. Ella flotó, prestando atención. Provenía de una de las ventanas que se alineaban en la pared norte, desde el piso hasta la inclinación del techo.

No conseguía ver nada, pero el chirrido ya se había convertido en un suave golpeteo. Salió por un lado de la piscina y se dirigió a la ventana. Había una caída de un metro y medio desde la ventana hasta el suelo. Con la última luz del día, sólo pudo distinguir a una chica de puntillas mirándola, una chica de su edad, con el pelo negro trenzado en una larga cinta que caía sobre su hombro. En su cuello llevaba un collar de plata con una piedra con forma de lágrima en el centro.

—Hola —dijo Polly a través del cristal oscuro.

La chica sonrió y se estiró para golpear de nuevo el vidrio con la mano. Polly abrió la ventana.

—¿Puedo pasar? —preguntó la joven.

Polly tiró de la cortina hasta que también se abrió.

La chica se levantó de un salto y agarró el alféizar para entrar en la habitación, seguida por una ráfaga de viento. Polly cerró la cortina y la ventana. La chica parecía tener la edad de Polly, y era exóticamente hermosa, con la piel color miel y unos ojos tan oscuros que las pupilas apenas podían distinguirse.

- —Perdóname por presentarme así —dijo formalmente—. Karralys te vio esta tarde —hablaba con un leve acento que Polly no podía distinguir.
 - —¿Karralys?
 - —Sí. En el roble, con su perro.
 - —¿Por qué se marchó tan aprisa? —preguntó Polly.

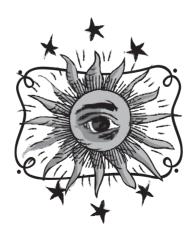
La joven negó con la cabeza.

—No es frecuente ver los otros círculos del tiempo. Pero luego Karralys y yo hablamos, y pensamos que yo debería venir aquí, al lugar de poder. Creemos que debes haber sido enviada a nosotros en este extraño y difícil... —dejó de hablar cuando una puerta se cerró en algún lugar de la casa. Ella se

llevó la mano a la boca. Susurró—: Debo irme. Por favor...
—parecía tan asustada que Polly abrió la ventana para ella.

—¿Quién eres?

Pero la chica saltó, aterrizó con suavidad y se fue por el campo hacia el bosque, corriendo tan rápido como un animal salvaje.





Lo que acababa de suceder no tenía sentido. Polly se echó encima el albornoz y se dirigió a la cocina buscando explicaciones, pero no encontró a sus abuelos. Tal vez todos estaban en el laboratorio, donde definitivamente hacía demasiado frío para una flor de pantano vestida con un bañador mojado y un albornoz húmedo.

A sus padres les preocupaba que ella se sintiera sola, lejos de gente de su edad, pero en un día había visto a tres: el joven de ojos azules junto al roble, aunque quizá fuera varios años mayor que ella, Zachary y, ahora, esta chica desconocida.

Arriba, en su habitación, el gato rayado yacía acurrucado en el centro de la cama, uno de sus lugares favoritos. Ella lo levantó y lo sostuvo, y él ronroneó, complacido con su calor húmedo.

¿Quién demonios era esa chica?, se preguntó. ¿Y de qué estaba hablando?

Ella apretó al gato con demasiada fuerza y éste saltó de sus brazos y salió de la habitación, con su cola marrón ambarino totalmente erguida.

La chica se vistió y bajó las escaleras. El obispo ya estaba en la cocina, sentado en una de las destartaladas pero cómodas sillas que había junto a la chimenea. Ella se unió a él.

- -¿Algún problema? preguntó el obispo.
- —Sólo estoy desconcertada. Mientras nadaba, alguien llamó a una de las ventanas, salí de la piscina para mirar y allí estaba una chica de mi edad con una larga trenza negra y ojos exóticos. La dejé entrar, y ella... bueno, lo que dijo no tenía sentido.
- —Continúa —el obispo estaba alerta, totalmente concentrado en sus palabras.
- —Esta tarde, junto al Abuelo Roble... Conoce el árbol, ¿no es así?
 - —Sí
- —Vi a un joven y su perro. La chica dijo que este joven con el perro me había visto, entonces dijo algo sobre los círculos del tiempo, pero entonces escuchó un ruido, se asustó y salió corriendo. ¿Quién supone que era?

El obispo miró a Polly en silencio, simplemente la miró con una mirada extraña, casi con una expresión de conmoción en el rostro.

- —¿Obispo?
- —Bueno, querida... —se aclaró la garganta—. Sí. De hecho, es extraño. Ciertamente extraño.
 - —¿Debo contárselo a mis abuelos?

Él dudó. Se aclaró la garganta.

—Probablemente.

Ella asintió. Confiaba en él. El hombre no había tenido una vida fácil como obispo. Sus abuelos le habían contado que había estado en el Amazonas durante años, había dado clases en un seminario en China y le habían puesto precio a su cabeza en Perú. Cuando él estaba con las llamadas "personas primitivas", las escuchaba, en lugar de imponer sus puntos de vista. Él respetaba a los demás.

La joven estaba tan preocupada por lo que había vivido que fue incapaz de ver el efecto que había tenido su historia en el obispo.

- —Polly —dijo él—, háblame sobre el joven que iba con el perro —en su voz se percibía un ligero temblor.
- —Estaba de pie junto al Abuelo Roble y tenía unos ojos intensamente azules.
 - —¿Cómo era el perro?
- —Era grande, con orejas grandes. De ninguna raza en particular. No los vi más que unos pocos segundos.
 - —Y la chica, ¿puedes describirla?
- —Bueno, no mucho más: tenía una trenza larga y negra, y ojos oscuros. Era hermosa y extraña.
- —Sí —dijo el obispo—. Oh, sí —el sonido de su voz era suave, pero parecía perturbado.

Ahora ella notó que algo le había preocupado.

- —¿Sabe quién es?
- —Quizá. ¿Cómo puedo estar seguro? —hizo una pausa, luego habló enérgicamente—. Sí, es extraño, realmente extraño. Tu abuelo tiene razón al querer disuadir a los intrusos —sus ojos quedaron repentinamente sombríos.

El abuelo Murry entró de la despensa y escuchó las últimas palabras del obispo.

—Así es, Nase. Me alegra mucho que haya ciervos y zorros que salten por nuestros muros de piedra, pero no fisgones. Hemos tenido que instalar un sistema de seguridad terriblemente caro en el laboratorio. Louise tiene razón, la mayoría de los equipos de Kate no se han utilizado desde hace décadas, pero los ordenadores son otra historia —se dirigió a la estufa de leña y se volvió hacia Polly—. El laboratorio ha sido robado en dos ocasiones. Una vez se llevaron un microscopio inservi-

ble, y otra vez tu abuela perdió el trabajo de toda una semana porque alguien, probablemente unos niños de por aquí, y no alguien que conociera su trabajo, estuvo jugueteando con el ordenador —abrió el pequeño horno de la estufa de leña y el olor a pan recién horneado inundó la cocina—. El pan es algo que Kate no puede hacer con el mechero Bunsen, así que ésta es mi contribución, además de mi terapia. Amasar pan es maravilloso para los dedos reumáticos.

La abuela Murry y la doctora Louise lo siguieron hasta la cocina. La abuela Murry encendió velas, además de las lámparas de aceite, y apagó las luces. La doctora Louise puso la cazuela grande con el guiso de pollo de la abuela Murry sobre la mesa, y el abuelo Murry cogió de la estufa una fuente de verduras de otoño: brócoli, coliflor, coles de Bruselas, cebollas, zanahorias y puerros. El obispo olfateó con admiración.

- —Los gemelos solían tener un huerto enorme. El nuestro no es tan impresionante, pero Alex lo hace sorprendentemente bien —dijo la abuela Murry.
 - —Para un hombre viejo, quieres decir —dijo el abuelo Murry.
- —Salvo por tu artritis —dijo la doctora Louise—, estás en muy buena forma. Me gustaría que algunos de mis pacientes con diez o más años menos que tú, se conservaran igual de bien.

Después de que se sentaran y la comida fuera bendecida y servida, Polly miró al obispo. Sus ojos se encontraron con los de ella brevemente. Luego él apartó la mirada, y su expresión se retrajo. Pero ella notó que él le había hecho un leve gesto de asentimiento, por lo que dijo:

- —He visto a un par de personas extrañas hoy.
- —¿Quiénes? —preguntó su abuelo.

- —No hablas de Zachary, ¿verdad? —la doctora Louise rio. Ella sacudió la cabeza y describió al joven con el perro y a la chica.
 - —Zachary pensó que quizá se trataba de un cuidador.

El obispo se atragantó un poco, se levantó y se sirvió un poco de agua. Recuperándose, preguntó:

- —¿Dices que Zachary vio a este joven?
- —Por supuesto, él estaba allí. Pero no nos habló a ninguno de los dos.
- —Espero que no haya sido un cazador —dijo Murry—. Nuestra tierra está señalada de manera muy visible.
- —No tenía armas, estoy segura. ¿Estamos en temporada de caza o algo así?
- —Nunca es temporada de caza en nuestra tierra —respondió su abuelo—. ¿Hablaste con él? ¿Le preguntaste qué estaba haciendo?
- —No tuve la oportunidad de hacerlo. Lo descubrí mirándome y cuando llegué al árbol se había ido.
- —¿Qué nos dices de la chica? —sondeó la abuela Murry. Polly miró al obispo. Sus ojos quedaron sombríos una vez más y tenía una expresión evasiva. Polly repitió su descripción de la joven.
- —No creo que fueran cazadores furtivos o vándalos o gente mala. Sólo eran misteriosos.

La voz de su abuelo fue inesperadamente áspera.

—No quiero más misterios.

El obispo contemplaba la piedra Ogam apoyada en el aparador de la cocina, junto a varias tazas, cuencos, una salsera, un martillo y un rollo de sellos.

La voz de la abuela Murry sonaba despreocupada.

—Tal vez sean futuros amigos de Polly.



—Creo que la chica es de mi edad —dijo Polly—. Vestía una bonita ropa de cuero suave que costaría una fortuna en una *boutique*, y llevaba colgada una especie de collar rígido de plata con una hermosa piedra.

La abuela Murry rio.

—Tu madre dijo que finalmente estabas mostrando cierto interés por la ropa. Me alegra escuchar evidencia de ello.

Polly se puso ligeramente a la defensiva.

- —No ha habido ninguna razón hasta ahora para que vista otra cosa que no sean pantalones vaqueros.
- —Un collar rígido de plata —el obispo hablaba para sí—. Una torques...⁵ —él pensaba en voz alta mientras se servía afanosamente más verduras.

La abuela Murry lo había oído.

- —¿Una torques? —ella se volvió hacia Polly—. Nason tiene un libro sobre los primeros trabajos en metal con unas fotografías bonitas. Los primeros druidas pudieron haber vivido entre la gente de la Edad de Piedra, pero había artesanos del metal al menos en su paso a través de Bretaña, y los druidas ya eran sofisticados astrónomos. Ellos y los líderes tribales llevaban torques de diseños complejos.
- —La rueda de la moda sigue girando —dijo la doctora Louise—. ¿Y cuánto hemos aprendido desde la Edad de Piedra en lo que respecta a vivir en paz?

El abuelo Murry miró a su esposa.

⁵ Una torques es un collar rígido y redondo, que está abierto en la parte anterior, como una herradura circular. Las torques estaban hechas de cuerdas de metal entrelazado, normalmente oro, bronce o cobre, y en muy pocos casos plata.

—Hay una imagen de una excelente torques de plata en el libro de Nason que desearía poder conseguir para ti, Kate. Te quedaría estupenda.

Polly miró la cómoda ropa de campo de su abuela y trató de visualizarla con una hermosa torques. No le fue difícil. Le habían dicho que su abuela había sido una belleza de joven, y al observar los finos huesos de la mujer mayor, su corto y bien arreglado cabello plateado, la graciosa curva de su esbelto cuello, los finos ojos rodeados por líneas producidas por las sonrisas y el dolor de una vida generosa, la llevaron a pensar que su abuela aún era hermosa, y se alegró de que su abuelo quisiera conseguir una torques para su esposa.

Antes, la abuela Murry había sacado una tarta de arándanos del congelador para servir de postre, y ahora acababa de sacarla, humeante, del horno.

—No la he hecho yo —se explicó—. Cada verano se celebra un festival de arándanos en la iglesia, y siempre compro media docena sin hornear para tenerlas a mano —la cortó, y el jugo púrpura se derramó desprendiendo la fragancia estival—. Polly, no puedo decirte lo contenta que estoy de que haya aparecido tu Zachary. Debe haber sido difícil para ti dejar a tus amigos.

Polly aceptó un trozo de tarta.

- —Los chicos isleños tienden a ser solitarios. Mis amigos están algo dispersos.
- —Yo he tenido la suerte de tener a Louise viviendo a unos pocos kilómetros de distancia. Hemos sido amigas desde la universidad.

Sí, su abuela tenía suerte de tener como amiga a la doctora Louise, pensó Polly. Ella no había tenido nunca una verdadera amiga de su edad. Pensó fugazmente en la chica de la piscina. Polly y el obispo fregaron juntos los platos, y los demás fueron a sentarse junto al fuego en la sala de estar, instados por la abuela Murry, quien dijo que habían pasado demasiado tiempo en la cocina.

- —Entonces, niña isleña —dijo el obispo—, ¿todo marcha bien por aquí?
- —Muy bien, gracias, obispo —ella quería preguntarle más acerca del hombre con el perro y la chica de la piscina, pero le parecía claro que el obispo estaba guiando la conversación hacia otro tema. Ella cogió un plato enjuagado de sus manos y lo puso en el lavaplatos.
- —Mi hermana me ha enseñado a lavarlo todo con jabón, incluso si usara el lavavajillas. Ten cuidado, los platos están resbaladizos.
 - —No se preocupe.
 - —Tu joven amigo...
 - —Zachary. Zachary Gray.
 - —No tenía buen aspecto.
- —Siempre está pálido. El verano pasado en Grecia, cuando todo el mundo estaba bronceado, la piel de Zachary seguía igual de blanca. No creo que salga mucho al sol. No es un tipo de chico atlético.
- —¿Qué tal te fue el verano pasado? —el obispo sacó una esponja.

Polly estaba poniendo los cubiertos en la cesta del lavavajillas.

—Fue una experiencia maravillosa. Me encantó Atenas, y la conferencia sobre Chipre valió un año en la escuela. Max... Maximiliana Horne, lo arregló todo. Y murió justo antes de que yo llegara a casa.

Él asintió.

—Tus abuelos me lo contaron. Todavía estás en duelo.

Ella secó los cuchillos, que eran antiguos y de plata, con los mangos pegados, y no se podían poner en el lavavajillas.

—Era más difícil en casa, donde todo me recordaba a Max. ¿La conocías?

El obispo dejó salir la espuma del fregadero.

- —Tu tío Sandy me habló de ella. Eran grandes amigos.
- —Sí. Sandy me la presentó —sintió un inesperado nudo en la garganta.

El obispo la guio a una de las sillas en mal estado que había junto a la chimenea de la cocina, en lugar de reunirse con los demás en la sala de estar. Polly lo siguió, y mientras se sentaba, apareció Hadrón y saltó a su regazo, ronroneando.

—Obispo, sobre el joven y la chica...

Pero en ese momento la doctora Louise entró en la cocina, bostezando.

- —¿Ya habéis terminado de fregar los platos?
- —Y con jabón —le aseguró el obispo.
- —Es hora de que vayamos a casa.

Polly y sus abuelos salieron a despedir a los Colubra. Las estrellas brillaban en medio de pequeñas volutas de nubes y la luna estaba enredada entre las ramas de un gran arce noruego.

El obispo se subió al asiento del conductor de la camioneta azul y partieron con un chirrido de neumáticos.

La abuela de Polly se volvió para entrar en casa.

—Vamos a pegarnos un baño rápido en la piscina. Iré a darte las buenas noches dentro de un rato —ya se había convertido en un agradable hábito que después de que Polly se fuera a la cama, su abuela entrara y conversaran durante unos minutos.

Polly se dio una ducha apresurada —el baño estaba helado— y se puso un camisón de franela, luego se metió en la cama y echó el edredón sobre ella. Leyó algunas páginas del libro que su abuelo le había regalado sobre agujeros blancos o surtidores cósmicos, lo opuesto a los agujeros negros. Ciertamente, sus abuelos estaban cuidando de su educación. Pero tal vez no era de extrañar que su abuelo no hubiera notado piedras con marcas extrañas en sus muros.

Cuando su abuela entró, ella puso el libro en la mesita de noche, y la abuela Murry se sentó a un lado de la cama.

—Bonita tarde. Es bueno que Nase esté viviendo con Louise. Tu abuelo y yo sentimos que lo conocemos desde siempre. Era un buen obispo. Es tierno y compasivo y sabe escuchar.

Polly se incorporó contra las almohadas.

- —Sí, siento que podría hablarle de cualquier cosa y él no se sorprendería.
 - —Y nunca traicionaría una confidencia.
 - —Abu —Polly se enderezó—. Algo me inquieta.
 - —¿Qué, mi amor?
- —Os han convencido para que esté aquí con vosotros, ¿verdad?
- —Oh, Polly, tu abuelo y yo tenemos suficiente sentido de autoprotección, por lo que, si no hubiéramos querido que vinieras, habríamos dicho que no. Nos hemos sentido muy privados de ver a nuestros nietos. Nos encanta tenerte con

⁶ Se trata del término propuesto para definir una región finita del espaciotiempo, visible como objeto celeste, con una densidad tal que deforma el espacio pero que, a diferencia del agujero negro, deja escapar materia y energía en lugar de absorberla.

nosotros. Es una vida muy diferente a la que has estado acostumbrada...

- —Oh, Abu, me encanta. Estoy feliz aquí. Abu, ¿por qué mamá tuvo tantos hijos?
 - —¿Te gustaría que alguno de vosotros no hubiera nacido?
 - -No, pero...
- —Pero eso no responde a tu pregunta —la abuela Murry se pasó los dedos por su cabello, todavía húmedo—. Si una mujer es libre de elegir una carrera, también lo es de elegir el cuidado de su familia como vocación principal.
 - —; Sucedió eso con mamá?
- —En parte —su abuela suspiró—. Pero tal vez, en parte fue por mí.
 - -¿Por ti? ¿Por qué?
 - —Soy científica, Polly, y muy conocida en mi campo.
- —Bueno, pero mamá... —se detuvo—. ¿Te refieres a que quizá no quiso competir contigo?
 - —Ésa podría ser parte de la razón.
- —¿Quieres decir que tuvo miedo de no poder competir contigo?
- —La autoestima de tu madre siempre ha sido baja. Tu padre ha sido maravilloso para ella y, en muchos aspectos, también lo han sido sus hijos. Pero... —su voz se apagó.
 - —Pero tú hiciste tu trabajo y tuviste hijos.
- —No siete —las manos de su abuela estaban entrelazadas con fuerza. Luego, deliberadamente, las relajó y las colocó sobre sus rodillas.

Polly se deslizó sobre la cama hasta adoptar una posición más cómoda. De pronto, se sintió somnolienta. Hadrón, que había comenzado a dormir con ella, acurrucado en la oquedad formada entre su hombro y el cuello, comenzó a ronronear.

- —Las mujeres han recorrido un largo camino —dijo su abuela—, pero siempre habrá problemas, y triunfos, que son exclusivos de las mujeres —el ronroneo del gato se elevó con satisfacción—. Parece que Hadrón te ha cogido cariño.
- —Un hadrón —murmuró Polly somnolienta— pertenece a una clase de partículas que interactúa fuertemente. Los nucleones son hadrones, y también lo son los piones y las partículas extrañas.
- —Buena chica —dijo la abuela Murry—. Eres una estudiante aplicada.
- —Partículas extrañas... —los ojos de Polly se cerraron. ¿Uno pensaría que los seres humanos están llenos de partículas extrañas? Tal vez sea así. Los hadrones están, según creo, formados por quarks, por lo que el grado de extrañeza de un hadrón se calcula por su número de quarks.
- —¿Los druidas eran extraños? —ya estaba más que medio dormida—. No sé mucho acerca de los druidas —la respiración de Polly se hizo más lenta cuando empujó su rostro contra la almohada, cerca del cálido pelaje de Hadrón. La abuela Murry se levantó, se quedó un momento mirando a su nieta y abandonó la habitación.

Por la mañana, Polly se despertó temprano, se vistió y bajó las escaleras. No se oía movimiento alguno. La tierra estaba blanca por la niebla que flotaba sobre el césped. Las montañas emergían lentamente en el horizonte, y sobre ellas el cielo brillaba entre el suave gris del amanecer y el azul que clareaba cuando salía el sol.

Se dirigió al exterior, a través del campo, que estaba tan húmedo de rocío como si hubiera llovido durante la noche. Se detuvo en el muro de piedra, pero quizás era demasiado temprano para Louise la Más Grande. Polly continuó por el camino hacia la roca-mirador de las estrellas. Se había puesto el viejo anorak rojo y llevaba unos vaqueros forrados, por lo que estaba lo suficientemente abrigada. Miró al cielo con sorpresa, ya que apareció un repentino y extraño resplandor en el aire. Entonces hubo un destello como el de un relámpago, pero no se oyó trueno alguno. El suelo tembló ligeramente bajo sus pies, luego se asentó. ¿Había sido un terremoto? Ella miró a su alrededor. Los árboles eran diferentes. Más grandes. Había muchos más robles, incluso más altos que el Abuelo Roble. Al acercarse a la roca-mirador de las estrellas vio luz brillando en el agua, y donde antes había un valle fértil ahora se encontraba un gran lago.

¿Un lago? Ella se tambaleó, sorprendida. ¿De dónde había salido un lago? Y las colinas ya no eran las suaves colinas desgastadas por el viento, la lluvia y la erosión, sino unas montañas irregulares, con los picos cubiertos de nieve. Se giró, su piel le escocía, y miró hacia la roca, que era la misma roca-mirador de las estrellas que siempre había adorado, y sin embargo no era igual.

—¿Qué sucede? —se preguntó en voz alta. Las nubes de niebla se disiparon para revelar una docena o más de tiendas hechas con pieles de animales estiradas y curadas. Al fondo había un enorme huerto, y un maizal con los tallos recién cortados y agrupados en racimos. Más allá del maizal, pastaban vacas y ovejas. De unas cuerdas tendidas entre postes colgaban unos pescados. De entre unos postes más recios, unas pieles de castor se secaban y estiraban. Una mujer estaba sentada al frente de una de las tiendas, machacando algo con un mortero. Tenía el cabello negro recogido en una trenza,

y cantaba mientras trabajaba, sin prestar atención a Polly ni a nada que sucediera a su alrededor, absorta en el ritmo del mortero y su canción. Parecía una versión mucho mayor de la chica que había estado en la piscina.

A lo lejos, Polly escuchó el sonido de un tambor, y entonces también un canto, una bella melodía con una rica cadencia. El sol naciente parecía emerger del cielo por la belleza de la canción. Cuando la música terminó, hubo un breve silencio, y entonces se reanudaron los ruidos del día.

¿Qué diablos estaba pasando? ¿Dónde se encontraba? ¿Cómo podría llegar a casa?

Giró en la dirección donde debería haber estado la casa de los Murry y vio a un grupo de jóvenes que cargaban lanzas y se dirigían hacia ella. Instintivamente, Polly se ocultó detrás de uno de los grandes robles y se asomó por detrás del ancho tronco.

Dos de los hombres llevaban un cervatillo colgado de sus lanzas. Continuaron pasando junto a ella, atravesando las tiendas, el jardín, el maizal y los pastizales. Vestían unas suaves polainas de cuero y túnicas, similares a la ropa usada por la chica que se había acercado a Polly en la piscina.

Después de que se hubieron perdido de vista, ella se apoyó contra el árbol, dado que sus piernas eran incapaces de sostenerla. ¿Qué sucedía? ¿De dónde había salido ese enorme bosque? ¿Y el lago que ocupaba todo el valle? ¿Quiénes eran esos jóvenes?

Los pensamientos invadían su mente y se extendían en todas direcciones, tratando de dar algún sentido a esta total dislocación. Ciertamente, la vida le había demostrado más de una vez que el mundo no es un lugar razonable, pero esto era el absurdo más allá de la sinrazón.